

trata de un movimiento accidental y transitorio, sino esencial y orgánico, según muestran la extensión de su área y la rapidez de su curso. En él figuran Estados de todas clases, democráticos, autoritarios y autocráticos, desde Suiza, Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Dinamarca y Noruega, hasta Alemania, Austria, Hungría y Rusia, con la particularidad de ser los autoritarios los que llevan la delantera y de que, habiendo comenzado la transformación hace unos treinta años, el número de instituciones fundadas es ya importante y enorme la masa de leyes promulgadas.

Se ha tratado de poner á los obreros á salvo de la miseria creando las cajas de seguro, obligatorio ó voluntario, que Alemania ha llevado á mayor grado de eficacia fundándolas de tres clases: contra enfermedades, cuyos fondos sufragan el obrero y el patrono en la proporción de dos tercios el primero y uno el segundo; contra los accidentes del trabajo, sostenidas totalmente por el patrono, y contra la inutilidad y la vejez, que alimentan el Estado, el patrono y el obrero por partes iguales. Mediante estas cajas, los obreros aseguran su subsistencia durante su vida y dejan, caso de morir por accidente, una pensión á la viuda ó á los hijos. Al mismo tiempo, reglamentada y más ó menos protegida por el Estado, se ha desarrollado la cooperación libre, habiendo prosperado especialmente, en Inglaterra, las sociedades de consumo; en Bélgica, las mixtas de consumo y producción; en Alemania é Italia, las de crédito, llamadas Bancos nacionales. A la beneficencia pública destinan los Estados sumas cada día mayores, mereciendo particular mención la contribución de pobres, en Inglaterra; las casas de Trabajo, en Austria; la colonia de beneficencia de Fredericsoord y el establecimiento de Veenhuisen, en Holanda, y el servicio de los hospitales en Francia; al par que un sentimiento de piedad, cada día más delicado é intenso, presta á la caridad privada poderosas alas. Se ha reglamentado el contrato de trabajo y de aprendizaje, exigiéndose en algunas partes á los obreros el uso de la libreta é imponiéndose en todas al maestro el deber de dar al aprendiz certificado de aptitud; se ha regulado el trabajo de las mujeres y los niños, fijándose, respecto de éstos, la edad en que pueden ser admitidos, el número de horas que han de trabajar, según el de sus años, y las que se les debe dejar libres para que asistan á la escuela; se ha provisto minuciosamente á la seguridad de las fábricas y á la salubridad de éstas y de los talleres, y para el cumplimiento de todos estos ordenamientos, se han creado severas inspecciones. El descanso dominical tiende á generalizarse, así como la limitación de la jornada, cuya duración máxima han fijado Francia y Austria en doce horas, Suiza en once y los Estados Unidos en ocho, para los obreros empleados en los talleres de la Federación. La usura ha sido reprimida, y se ha fomentado la construcción de casas baratas y cuya propiedad pueden adquirir fácilmente los obreros. Para dirimir las diferencias que puedan surgir entre patronos y obreros, se han creado jurados mixtos, compuestos en número igual de unos y de otros, y que en Suiza y Bélgica son, al par, cuerpos consultivos de la adminis-

tración. Por último, y este es uno de los aspectos más interesantes de este movimiento, con el nombre de sindicatos en Francia, federaciones de oficios (*Trade-Unions*) en Inglaterra, gremios ó corporaciones en las demás partes, se ha comenzado á fomentar la organización de los oficios, con la particularidad de imponerse en algunos Estados (Austria y Hungría) la obligación de ingresar en ellos á medida que se formen.

Con el prestigio alcanzado por el saber y la virtud, el establecimiento del sufragio universal y las leyes protectoras de los obreros, pudiera creerse que está próxima á terminarse ó terminada ya la evolución de la timocracia á la democracia. Sin embargo, no es así; nos hallamos todavía en los primeros pasos. El saber rara vez obtiene la justa recompensa; la virtud vive á menudo en la indigencia; el sufragio universal no ha despojado á los ricos del monopolio del poder ni disminuido la corrupción política, y las medidas á favor de los obreros han resultado en parte ilusorias ó ineficaces. De las sociedades cooperativas solamente han prosperado las de consumo; las pensiones de las cajas de socorro remedian bien poco; la beneficencia pública y la caridad privada son insuficientes, y en todas partes, menos en Suiza é Inglaterra, se infringen las prescripciones acerca del trabajo de las mujeres y niños. ¿Qué hay en esta sociedad que de esta suerte torna ineficaces energías y reformas que habrían debido transformarla? El individualismo, que entregando la sociedad á una lucha en que la justicia y la conmiseración son un estorbo para el triunfo, rompe toda relación ética y mata todos los nobles impulsos. Con el egoísmo por móvil y el goce por única aspiración, marcha el hombre por los tortuosos senderos de la astucia, del fraude, de la especulación, del agio, indiferente á los quejidos de las víctimas que causa á su paso. Nada le detiene, fija la vista en la riqueza, cuya posesión torna buenos los malos medios. Los vencedores son contados; los vencidos, innumerables. El resultado de la lucha es la pérdida de todo sentimiento altruista, en el orden moral; la concentración del capital, en el económico. Los pequeños comerciantes é industriales desaparecen absorbidos por los grandes, que asombran al mundo con sus vastos bazares é inmensas fábricas, y en alguna que otra región, Sicilia por ejemplo, comienzan á sucumbir también los pequeños propietarios, cuyos campos pasan á engrosar crecientes *latifundia*. Y no para en esto. Como la codicia es un saco sin fondo, coalíganse los capitales para monopolizar determinadas industrias ó artículos de consumo é imponer la ley al mercado, realizando fabulosas ganancias á expensas de los pobres consumidores. Por la rapidez con que se han multiplicado, estos sindicatos monopolizadores comienzan á preocupar gravemente á estadistas y sociólogos. Por estos pasos se levanta una especie de feudalismo industrial, de peor especie que el del suelo. De otro lado y al mismo tiempo, el vertiginoso aumento de los valores bursátiles crea la *bancocracia*, con el horrible cortejo del agiotaje, el parasitismo y la desmoralización, y cuyos dominios dilatan á diario los gobiernos contrayendo con criminal imprevisión empréstito sobre empréstito. La deuda

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA
U. A. N. L.

pública de las diversas naciones europeas y americanas, que en novecientos ochenta y cinco Reden calculaba en cuarenta y seis mil millones de pesetas, se ha elevado en mil ochocientos ochenta y uno, según Mulhal, á la imponente cifra de ciento veinte mil millones, siendo su aumento anual, desde mil ochocientos setenta, de dos mil novecientos cincuenta millones. Menos mal si estas cuantiosas sumas, vertidas en la Bolsa para alimentar el vicio, no se supiese en qué emplearlas; pero es el caso que se las arrebata á la producción y que, por añadidura, se castiga á ésta con abrumadores tributos para pagar los intereses de aquéllas, con lo que la industria y la agricultura languidecen en tanto que las rentas suben. Por una inversión de ideas rayana en la locura, el productor es sacrificado al acreedor, el agente útil al parasitario. De todo lo cual se sigue, que el monopolio de la producción y del consumo y la muerte de toda concurrencia son el último término del sistema individualista, que divide á las sociedades en dos clases extremas, separadas á gran distancia la una de la otra. Arriba, una plutocracia soberana, árbitra de la industria, del comercio, de la banca, de la política, para cuyo goce ó provecho son todos los descubrimientos de la ciencia, todas las maravillas del ingenio, todas las magnificencias del arte; abajo, una muchedumbre de trabajadores, los más de ellos sumidos en tenebrosa ignorancia, formando el llamado *ejército de reserva* del capital, condenados para siempre al *salario del hambre* y que sólo conocen de la vida la privación y el sufrimiento.

Este insaciable y despiadado egoísmo de los capitalistas no podía menos de provocar en los trabajadores un colectivismo apasionado y violento, término necesario para que la sociedad no se disolviese. La especulación y el agio han creado la Internacional y el anarquismo. Por donde se ve que el socialismo no es, como ha dicho el alemán Winterer, la sombra de la actual civilización, y menos procede calificarle de malo ni de funesto; es todo lo contrario, un movimiento sano, la reacción espontánea, fisiológica, si vale la palabra, de una sociedad aún vigorosa defendiéndose contra el exagerado incremento de una de sus energías, que la llevaría á la muerte. Enhorabuena, las doctrinas de la Internacional son falsas, subversivas las del anarquismo; pero no puede negarse que uno y otro movimiento tienen su razón de ser en la constitución timocrática de las naciones, en la dura é implacable tiranía del capital. Ponen esto á toda luz las conexiones históricas entre el individualismo y el socialismo, los cuales nacen casi á un mismo tiempo y se desarrollan paralelamente, pero caminando siempre el segundo en pos del primero y midiendo sus pasos por los de aquél, sin adelantarle jamás una línea, obrando á modo de fuerza restauradora del equilibrio perturbado.

¿Triunfará el socialismo? Observemos ante todo que, siendo éste, según acabamos de ver, una secuela del individualismo, con el que ha venido á la vida y al que ha seguido en todas las vicisitudes, cual la sombra al cuerpo, es indudable que desaparecerá tam-

bién el día en que la tendencia individualista quede reducida á sus justos límites. Mas si suponemos que esto no suceda, sino que antes bien, el individualismo continúe su carrera de explotación y de violencias, en este caso no es probable que triunfe el socialismo; porque exigiendo de sus adeptos el sacrificio de la individualidad y no prometiéndoles en compensación más que un bienestar material y relativo en esta vida, es incapaz de infundirles el grado de fanatismo que conduce á la victoria. No hay proporción entre el sacrificio y la recompensa. Este es su punto débil. Solamente los desesperados, los incapaces, los de constitución desequilibrada ó enferma le seguirán; los que puedan con el trabajo satisfacer de algún modo sus necesidades le volverán la espalda. La individualidad es lo que más se ama en este mundo. No ha sido otra la causa de haberse resistido á ingresar en la Internacional los *Trade Unions*, de Inglaterra. De aquí emana también la falta de grandeza del socialismo. En vez de mártires produce anarquistas; en vez de edificar con numerosos y raros ejemplos de sacrificio individual, trata de sacrificar la individualidad de los demás á la de sus adeptos.

¿Prevalecerá entonces el individualismo? Tal es el peligro que amenaza á las actuales sociedades. Hoy todo vínculo social está roto; toda corporación, disuelta; perdido, todo respeto á los intereses colectivos. La sociedad tiene muy poco de orgánica; redúcese á una suma de individuos autónomos, sin más idea ni aspiración que su particular provecho, que persiguen á todo trance y por todos los medios, aún á costa de la ruina de sus semejantes. Nada queda de común; todo es individual. Intereses individuales representan los parlamentos; en intereses individuales se inspiran los gobernantes. La patria es sacrificada á los partidos, el mérito al favor, la justicia á la conveniencia, la virtud al dinero. Nada de amor al prójimo; la explotación del hombre por el hombre es la ley de la vida. He aquí la obra del individualismo. Difícil es que sociedades tan profundamente individualistas puedan redimirse restableciendo el culto á los altos ideales y á los sentimientos nobles. Sucumbir, como sucumbió Atenas, á la enconada lucha entre los ricos y los pobres, tal parece ser su inevitable destino. Sin embargo, va mucha distancia de la ciudad á la nación, y donde la una sucumbió tal vez pueda salvarse la otra. Por la complejidad de su organización, el gran poder de su elevada cultura y las íntimas relaciones en que viven las unas con las otras, no han perdido las naciones, ni aún en los momentos de mayor furor del individualismo, el sentimiento de la colectividad; y es patente que este afecto se aviva y difunde en las clases directoras de treinta años acá, desde que el devorador é insaciable capitalismo ha comenzado á extender la desolación y la ruina. Manifestaciones de esta tendencia salvadora son la creciente importancia de la legislación social; la nueva escuela de los economistas históricos ó socialistas de cátedra, nacida en Alemania y propagada hoy á todas las naciones; el rápido desarrollo de la Sociología y, con ella, del concepto orgánico de la sociedad; la conver-

sién, en fin, de casi toda la actividad científica al examen y solución de los problemas sociales. Se reconoce ya que, sobre la libertad individual, están las relaciones de la moral y del derecho, al amparo del Estado, el cual no debe limitar su acción, como entienden los economistas ortodoxos, á mantener el orden; sino que está obligado á velar por el cumplimiento de la justicia de un extremo á otro del mundo social y promover el progreso allí donde no alcance la iniciativa privada. Pues bien: resolver esta profunda crisis hermanando el individualismo y el socialismo en la proporción que demandan los dos ejes en torno de los cuales giran y girarán siempre las sociedades, la libertad del individuo y la solidaridad del conjunto, tal es la difícil tarea que el siglo décimo-noveno lega al siglo vigésimo.

No es de menos empeño la que le lega en el orden internacional. A primera vista, fijándose en los millones de soldados que las naciones europeas mantienen en pie de guerra, y en la indiferencia con que Europa ha contemplado á los Estados Unidos arrebatár inicuamente á España sus colonias y está mirando hoy á Inglaterra llevar adelante su avara pretensión de despojar á los boers de su independencia, parece que el proceso hacia la federación europea, que fué el ideal del siglo décimo-octavo, lejos de ganar terreno durante el décimo-noveno, lo ha perdido. En el fondo, sin embargo, se han dado verdaderos pasos de gigante en las relaciones internacionales, ya constituyéndose nuevos organismos nacionales, ya creándose una masa inmensa de intereses comunes a toda Europa, ya facilitándose y multiplicándose las relaciones entre todos sus Estados.

Transferida en lo interior de las naciones la soberanía de los reyes á los pueblos, muda el sujeto de las relaciones internacionales, que ya no lo son príncipes absolutos, dueños por herencia de sus reinos y ganosos de ensancharlos; sino los mismos pueblos, ajenos á la ambición de conquista y amantes de la paz como la primera condición de su bienestar. De aquí el cambio de carácter de estas relaciones, que de privadas se truecan en públicas, de recelosas y hostiles en cordiales y amistosas. La guerra, habitual recurso de los reyes para satisfacer su ambición ó saldar sus rencillas, se abandona poco á poco, posponiéndola á los procedimientos de derecho. A la política de equilibrio y compensación, que sirvió de bien poco contra la ambición de los poderosos déspotas territoriales, y hable sino el reparto de Polonia, reemplaza el principio de las nacionalidades, que consiste en rehacer las creaciones políticas de la fase anterior, basadas en el derecho de la fuerza, fundiendo en uno solo aquellos Estados cuyos habitantes comulguen en unos mismos sentimientos é ideas, y dividiendo en dos ó más los comprensivos de poblaciones dotadas de hábitos y tendencias diversas. Evidentemente, la teoría de las nacionalidades, adoptando como único criterio para formar los Estados, no el parentesco étnico, sino la comunidad de sentimientos y aspiraciones, que vale tanto como decir la persona dignificada por la cultura, es consecuencia de la transformación de la nación de territorial en

timoocrática. Su influencia en las relaciones internacionales ha sido de suma trascendencia; porque la primera condición para que se forme un organismo internacional, es que se hallen constituidos los nacionales que han de componerlo. El pensamiento de instituir la Federación europea en el siglo décimo-octavo, cuando Italia se hallaba fraccionada en multitud de soberanías, y Alemania contaba treinta y siete Estados independientes, y Turquía conservaba su organización oriental, era un puro sueño. Asombra y maravilla lo que por este camino se ha adelantado en el período que hemos reseñado. La unidad italiana y la unidad alemana, definitivamente fundadas; los Estados de Grecia, Rumanía, Servia, Montenegro y Bulgaria, constituidos á expensas de Turquía, más que pasos, saltos son, y saltos de importancia, hacia la institución del organismo europeo. Muy poco falta para terminar esta obra preparatoria: falta, en Oriente, acabar con el imperio turco; en Occidente, fundar, por la fusión de España y Portugal, el Estado ibérico. El día en que esto se realice, será posible el establecimiento de la federación europea.

Al tiempo que se han creado nuevas naciones, se ha cambiado el fundamento y orientación de todas ellas, sustituyéndose al interés político el económico. Bajo las monarquías absolutas, si los gobiernos se preocupaban en el bienestar del pueblo, era sólo como medio para exigirle mayores impuestos, al objeto de aumentar el ejército y la marina; bajo el régimen de la democracia, el bienestar del pueblo es el propio y único fin de todo gobierno. De aquí el predominio de la Economía Política. Ese afán de colonizar que se ha apoderado de las grandes naciones, no se funda en la vanagloria de anexionar á la metrópoli nuevas provincias, sino en el intento de proveer de tierras á los emigrantes y abrir mercados á las industrias nacionales. Combinar alianzas defensivas, preparar secretas combinaciones, madurar proyectos de engrandecimiento, nada de esto importa ya á los estadistas; lo que les importa y en lo que ponen todos sus cinco sentidos, es en proporcionar al comercio nacional nuevas salidas, defender las industrias de su país contra las tarifas aduaneras de los Estados vecinos, mantener á favor suyo el balance de la importación y exportación y preservar de toda lesión el crédito público. Hoy apenas se concluyen otros tratados que los de comercio. La política, la diplomacia, la guerra, todo se subordina á la Economía Política. Tanto ó más que el ataque á mano armada de su vecino, temen los Estados la destrucción de su crédito, el déficit de su presupuesto, la disminución de sus exportaciones, el malestar del pueblo. Un mal tratado de comercio puede serles más desastroso que una batalla perdida; una bancarrota puede comprometer su independencia. Perder un mercado representa hoy más daño que antes perder un ejército.

La consecuencia inmediata de este predominio de la Economía política ha sido el aumento de la riqueza, en términos que, no hallando siempre empleo ventajoso en el país